

que buscar la santidad ni en Jerusalén ni en el Garicín, sino dondequiera que hubiese verdaderos adoradores que adorasen a Dios en espíritu y en verdad.

Por eso el que durante los primeros tiempos de la Iglesia se nos diga tan poca cosa acerca de los sitios en que se reunían los fieles para celebrar los misterios, no se debe solamente a la escasa libertad que les dejaban las continuas persecuciones, sino también a esta amplia libertad espiritual que les había dejado su Maestro. Celebraban juntos el domingo, conmemorando la última cena con la fracción del pan. Esto era lo esencial; la cuestión del lugar tenía menos importancia. Podía ser la casa de algún miembro más distinguido de la comunidad; podía ser una cámara sepulcral más espaciosa; podía ser la sala de una escuela o bien la cárcel misma en que sufrían los hermanos. Esta gran independencia con respecto a las condiciones espaciales se ha conservado hasta nuestros días, pues vemos que todavía hoy, cuando algún motivo lo exige, puede celebrarse la Misa bien sea en el campo, bajo la bóveda de los cielos, bien sea en cualquier edificio destinado a los usos de la vida civil, con la única condición de tener un ara o piedra de altar donde colocar las sagradas especies, y hay casos especiales en que ni esta prescripción obliga. Era necesario, sin embargo, que el pueblo cristiano se reuniese en alguna parte, y esto bastaba para que existiese la posibilidad de un desarrollo arquitectónico, para que hubiese una manera de adaptar y adornar ese lugar, para que naciese un arte cristiano, cuyos comienzos se remontan más allá de Constantino, puesto que hubo emperadores que en sus edictos de persecución incluían la orden de demoler las iglesias, y recientemente nos han hablado los arqueólogos de hallazgos de iglesias preconstantinas en varias regiones del Asia Menor.

Puede decirse, no obstante, que la expansión de la arquitectura del cristianismo comienza con el edicto de Milán (313), que concede a los cris-

tianos el libre ejercicio de su religión. Y no va a buscar su inspiración en el templo pagano, que más que un lugar de reunión era el edículo en que habitaba la divinidad y en que no podían entrar los fieles. Más prácticos para sus fines propios se les presentaban los edificios en que se daban cita los litigantes y los negociantes para tratar sus negocios y resolver sus pleitos. Eran grandes salas con techo de madera, con diversas naves, separadas por columnas y con una cabecera, en que se colocaban los jueces y los oradores. Se las llamaba basílicas. El nombre y la forma va a pasar al primitivo templo cristiano. Era una estructura sencilla y práctica y con la suficiente amplitud para recibir a las multitudes que llamaban en tropel a las puertas de la Iglesia.

Esta forma se mezcla en la parte oriental del Imperio con influencias venidas de Persia, y así nace la iglesia bizantina, cuyos rasgos principales son la cúpula, los contrafuertes interiores, el gusto por la flora ornamental, el amor a la policromía, a los bronce, a los mármoles, a los mosaicos de oro, al lujo, al esplendor, a la suntuosidad, que se concentran sobre todo en el altar, mesa de sacrificio, no sarcófago, situada bajo el arco triunfal, frente al ábside. El tipo de esta construcción es la famosa Santa Sofía, de Constantinopla, levantada por Justiniano a mediados del siglo VI, y pronto imitada con más o menos fidelidad en todos los países de Oriente y Occidente, adonde llegaban las armas o las influencias de Bizancio. Era una arquitectura espléndida, en que el genio de Roma y el espíritu del Oriente se asociaron para formar el más armonioso conjunto, notable por la estabilidad y el atrevimiento, admirable por la brillantez del colorido y la pureza de líneas, insuperable por la ciencia de los efectos, el arte de los contrastes y la potencia decorativa.

Entre tanto, el Occidente, acosado por el ímpetu de la invasión musulmana, inquietado por las incursiones devastadoras de los vikingos y destrozado por la inundación muchas veces re-